

VINILO TIME

Nada más entrar en la habitación de mi apartamento di un salto hacia atrás. Allí, en el suelo: John, Paul, George y Ringo. Los rostros arañados, irreconocibles. Y sobre ellos, Batman y Robin lamiendo dulcemente las piernas en su típica actitud de aseo diario. Corré hacia mis endiabladas mascotas maldiciendo y aprovecharon para salir corriendo de la habitación. Exhausto y apoyado en el quicio de la puerta, volví de nuevo al lugar donde reposaban mis amigos y caí de rodillas frente a ellos. Los levanté con sumo cuidado y atención como quien levanta a un muerto. John no tenía ojos, Ringo había perdido los labios carnosos de adolescente, Paul conservaba intacto la mitad de su rostro iluminado, no así el lado oscuro, surcado por múltiples arañazos y George era poco más que un garabato. Me eché a llorar ante la escena. Una autentica primera edición del long play “With the Beatles” de 1963, convertido en guñapo. Lo peor vino después cuando comprobé que en el interior no había disco alguno.

— ¡Horror! —grité—. ¡Eso no, eso sí que no!

Desesperado comencé a buscar el vinilo rezando para encontrarlo sano y salvo en algún rincón de la casa. Tras una exhaustiva investigación de los suelos de dormitorios, salón, cocina y pasillos, entré en el cuarto de baño y allí estaba el famoso y deseado disco, malherido con rayas que cruzaban transversalmente los surcos. Di media vuelta y pude ver como la cara B no había corrido mejor suerte. Trescientos pavos tirados a la basura, miles de horas perdidas en buscar, pujar y apoquinar por Internet. Un sueño cumplido, de apenas dos meses de duración, para el capullo de mi amigo Roberto “The Fucking Collector”, ya que él y solo él, era el dueño de semejante joya que me había confiado unos días atrás. Y una pesadilla para mí, porque sabía cómo se las gastaba mi amigo con su colección y el tema de los préstamos. Encima, aquella misma tarde habíamos quedado en su casa para mostrarme unos catálogos que le habían llegado desde Nueva York y unos singles originales, de edición japonesa, de Buddy Holly y Bo Diddley de 1959. Además, debía devolverle los 10 discos que me dejó la semana pasada, entre ellos éste de Los Beatles.

Decidí acudir a la cita para no levantar sospechas e introduje lo que quedaba de la mutilada grabación de los de Liverpool en medio de los otros discos. Nada más llegar, Roberto me recibió con la energía acostumbrada cuando de novedades, y fardar como el mejor coleccionista de la tierra, se trataba. A empujones me introdujo en el

enorme cuarto de estanterías: elepés, singles, cassetes, discos de pizarra y cualquier objeto analógico de músicas roqueras y añejas. Es lo que llamaba la “Rockin' Chapel”.

Sin prestar atención, colocó los discos que me había dejado sobre otro montón, quedando en un delicado equilibrio, y me entregó los catálogos neoyorquinos para que ojeara las novedades mientras pinchaba, en su extraordinario giradiscos de magnesio, dinámicamente balanceado y de correas rectificadas con nitrógeno líquido, uno de los singles de Bo Diddley. A la vez, mostraba extasiado las portadas llenas de extraños caracteres japoneses. Subió el volumen del amplificador de válvulas a un nivel atronador, casi de concierto en directo, y empezó a darme la chapa gritando a la oreja con que si en el mundo sólo quedaban tres ejemplares de éste jodido plástico (llamaba plásticos a los vinilos), que si es una edición firmada en el reverso por el jodido Bo Diddley en su gira japonesa del 59, y blah, blah, blah. Yo, sin disimulo alguno, giraba los ojos y parte de mi cabeza hacia la montaña donde estaba colocado el desgarrado disco de Los Beatles, y aterrorizado, observaba como se iba moviendo al compás de las sacudidas producidas por los trallazos bluesy y prepunk de las guitarras de Bo Diddley y su canción “Can't judge a book by it's cover”.

—¡Tron! Invítame a un café! —grité a la cara.

—¡Eh!, bueno vale, venga, vamos a la cocina.

Se acercó a bajar el volumen, momento que aproveché para recolocar la torre de discos mal apilados y nos dirigimos a la cocina. Puso café al fuego y se sirvió un copazo de Dyc 8 años mientras esperábamos la ebullición del agua.

—Los compré a un jodido japo por Internet la semana pasada. Tiene una colección de discos de lo más extraña y en perfectas condiciones, pero un mal negocio que blah, blah, blah....

Tenía cinco segundos y los iba a aprovechar. Se colocó de espaldas para servir el café y ,veloz como el rayo, dejé caer una dosis de nembutal líquido en su copa. Se giró para darme la taza y yo le ofrecí su vaso de güisqui. Volvimos a la capilla roquera y a nuestras conversaciones de rock'n roll y colección.

Roberto comenzaba a sacarme de quicio. El entusiasmo por hacerme partícipe de las compras y descubrimientos, y la interminable y fatigosa chapada, le habían hecho olvidar su bebida.

—¡Tronco! Que se calienta el segoviano —grité nervioso.

—Ah, sí, el puto güisqui.

Dio un rápido lingotazo a la bebida y se puso a chupar el hielo sobrante. Conté veinte segundos y lo miré. Continuó su locuaz parlamento sin dejar de crujir uno de los hielos que tenía en la boca pero la velocidad de su discurso comenzó a ralentizarse sin que se diera cuenta. Algunas palabras parecían resbalar de la boca como la charla de un borracho.

—¡Hostias, Roberto! Acabo de recordar que tengo dentista a las siete y media —dijo mientras sacaba el móvil del bolsillo.

—Sí? —dijo apenado.

Los párpados ocultaban ya la mitad de los globos oculares.

—Jooooder, qué mala suerte.

—A ver si quedamos mañana para planificar la excursión a la Feria del coleccionista —dijo acelerado y dándole palmadas en la espalda.

—Tengo sueño —dijo bostezando—. Toda la noche pensando en los putos discos y no he pegado ojo —exclamó a la vez que estiraba los brazos.

—Me voy corriendo, tío, que llego tarde. No me acompañes a la puerta, Man.

—Vale tío. Hasta luego, jooooder.

Salí acelerado de la habitación. Crucé el pasillo, abrí la puerta de la calle y cerré con un sonoro portazo. Pero me quedé dentro de la casa. Con sigilo, entré a un pequeño y destortalado aseo. Respiré profundamente dos o tres veces, hice acopio de fuerzas y recordé mi plan: Tiene para dos horas de sueño y nada más se duerma moveré toda la casa, buscaré su dinero y me llevaré el portátil y varios de sus mejores “plásticos”, entre ellos el de los Beatles. Dejaré las suficientes pistas para apparentar un allanamiento de morada. ¡Basta de restregarme en la cara la jodida herencia y la puta colección, el doble de grande que la mía! ¡Imbécil!

Me cubrí con un pasamontañas, enfundé las manos en guantes de cuero y subí el cuello de la chaqueta. ¡Listo para la acción! De pronto, un pensamiento fugaz vino a mi cabeza. El corazón se puso a cien y empecé a sudar. ¿Y si se pone a revisar los discos prestados? Seguro que sale corriendo por las escaleras gritando como un energúmeno para hostiar me. Capaz sería de ponerme una denuncia, el muy cabrón.

Temblando como un flan, planché la oreja sobre la puerta esperando oír quejas y alaridos. Solo capté el final de una canción, el ruido a huevo frito de los surcos, la aguja del tocadiscos levantándose y un rato después, un fuerte golpe contra el suelo. Abrí la puerta del aseo y miré el pasillo. La excitación era tan fuerte que los dientes me castañeteaban. Asomé la cabeza en la “capilla” y allí estaba Roberto, en el suelo,

durmiente como un bendito. Lo arrastré hasta el dormitorio, lo tumbé sobre la cama y lo desnudé. Lo vestí con el pijama exclusivo del logotipo de Los Ramones en el pecho.

—Dulces sueños, jodido coleccionista.

Volví al santuario y pensé en los discos que tomaría prestados para siempre. El botín se ceñiría a dos o tres discos de los que traje de vuelta, con el de los Beatles a la cabeza, y otro que tuviera desperdigado y sin archivar encima de la mesa, más la pasta y el portátil; no podía dejar la sensación de haber sido robado por otro coleccionista. Pero mi curiosidad podía más que la urgencia por finalizar el plan y salir por patas. Me asomé a las interminables estanterías y empecé a fisgar como un ratón de biblioteca. Asustado, descubrí maravillas que el bueno de Roberto había decidido no mostrarme nunca. Me produjeron espasmos.

—¡Hostias! El primer Lp de los Stones con un mechón de pelo de Mick Jagger de su concierto en Oslo en 1965! ¡Ouahhh! El single perdido de Elvis cantando “Muss i denn” íntegramente en alemán y que nunca salió a la venta...

Los párpados me dolían de tanto abrir los ojos ante el material sagrado. Quince minutos más tarde, allí seguía, en la dichosa habitación, investigando ese trozo de cielo. Y de pronto, observé como tras una vitrina con la más diversa memorabilia rockera (que si púas de Jimi Hendrix, que si baquetas del batería de Nirvana) se escondía una pequeña puerta incrustada en la pared y a medio abrir, que no dudé en investigar. En su oscuro y pequeño interior, más discos. ¡Cómo no! Saqué el material y pugué un grito.

—¡Ahh! No es posible! —grité espantado—. Mi single original de las Vulpess, y otro de los Pegamoides, y el de Gabinete y Parálisis.

Parte de mi colección de vinilos de la movida, que creía perdida, estaba allí, y también pude ver discos de Johnny el Trapo, Oscarín, Rana y Javi Bólido. Todos colegas coleccionistas.

—¡Puto ladrón de los cojones! —dije pateando una silla.

Revisar el saqueo y escupir insultos contra nuestro desleal amigo Roberto hizo que no me diera cuenta de que a mis espaldas una respiración entrecortada se acercaba poco a poco. Noté un ligero escalofrío y me giré. Era Roberto. Como un puto zombi drogado cayó sobre mí quitándome de un tirón el pasamontañas. Me golpeó lentamente con los puños que parecían pesarles como plomo.

—¡Hijo de puta! Sal de mi jodida casa inmediatamente —dijo con voz ronca.

Lo empujé y cayó al suelo. Estaba sin resuello, lacio como un blandi-blub y apenas podía moverse.

—Vaya, la dosis de Nembutal se quedó corta. No se puede ser tan mirado con los amigos. —Me acerqué a su cara—. Eres un jodido traidor. Me llevo mis discos. Y, ...y ¡vete a tomar por culo!

Al día siguiente, recibí una llamada suya amagando con una denuncia pero dispuesto a negociar condiciones. Puse las mías. Ricardo no iba a arriesgar que revelara sus hurtos inconfesables. Sería una mancha muy sucia para nuestro selecto club de coleccionistas de vinilo. Por tanto, mantendría la boca cerrada.

Desde entonces, mi colección aumenta al mismo ritmo que la suya sin desembolsar un maldito euro. Batman y Robin volaron al fondo de un pozo negro y oscuro y me compré una iguana. Presidiendo mi capilla: el trofeo de caza mayor. Un bonito cuadro de marco dorado con lo que quedó del disco de Los Beatles. Parecen mirar como almas violadas por el espíritu del tigre de Malasia (claro que, solo los que conservaron los ojos: Paul y Ringo).

JB-2009